

Pero la Parthenonista que a mi socorro, porque a los dos  
dias de un liegura a Jaffa, cuando ya no disponia a salir  
para San Juan de Acre, se vio entrar en el puerto un can-  
ca. Este buque de la escuela de Tripoli de Siria, estaba  
en Jaffa y habia llegado a las puertas de Jaffa.  
Llamen al capitán, el cual conyino en llevarme a Alejandria.  
Fuevra conyivo este pequeño conyivo escrito en árabe.  
Mr. Langier, un conyivo por su erudicion en las lenguas  
orientales, le ha juzgado digno de ponerse a la vista de los  
sábios, en razon de tanca singularidad. También ha  
leido la atencion de Mr. Langier.

## SESTA PARTE.

Mr. (Dios).

“El objeto de este escrito, y el motivo que le ha hecho  
trazar, es que el día y la fecha de los sucesos he-  
chos en Jaffa, para ir de la escuela de Jaffa  
signor Francesco (Francisco) para ir de la escuela de Jaffa  
a Alejandria, con la condicion de que no entrará en ningún  
puerto de Egipto.”

### VIAJE DE EGIPTO.

Quando llegué á Jaffa me encontré muy confuso, porque  
no habia en el puerto un solo buque. Fluctuaba entre el  
dasignio de embarcarme en San Juan de Acre y el de diri-  
girme á Egipto por tierra, y hubiera preferido este último;  
pero era impracticable, porque cinco partidas armadas se  
disputaban entonces las riberas del Nilo: Ibrahim-Bey en  
el alto Egipto, otros dos pequeños beyes independientes, el  
bajá de la Puerta en el Cairo, una partida de albaneses su-  
blevados, El-Fy-Bey en el bajo Egipto. Estas diferentes  
partidas infestaban los caminos, y los árabes, aprovechándo-  
se de la confusion, acababan de cortar todas las comuni-  
caciones.



Pero la Providencia vino á mi socorro, porque á los dos dias de mi llegada á Jaffa, cuando ya me disponia á salir para San Juan de Acre, se vió entrar en el puerto una saica. Este buque, de la escala de Trípoli de Siria, estaba en lastre y buscaba cargamento. Los padres enviaron á llamar al capitán, el cual convino en llevarme á Alejandría. Todavía conservo este pequeño convenio escrito en árabe. Mr. Langles, tan conocido por su erudición en las lenguas orientales, le ha juzgado digno de ponerse á la vista de los sábios, en razon de muchas singularidades. También ha tenido la atención de traducirlo, y yo he hecho grabar el original.

#### EL (Dios).

“El objeto de este escrito, y el motivo que le ha hecho trazar, es que el dia y la fecha abajo notados,<sup>1</sup> nosotros hemos alquilado nuestro buque al portador de este tratado el signor Francesko (Francisco), para ir de la escala de Jaffa á Alejandría, con la condicion de que no entrará en ningun otro puerto, sino que irá en derechura á Alejandría, á no ser que el mal tiempo le obligue á surgir en alguna escala. El flete de este bastimento es de cuatrocientas ochenta *grouc* (piastras) del leon, las cuales valen cada una cuarenta parah.<sup>2</sup> También se ha convenido que el susodicho flete no

<sup>1</sup> El dia y la fecha, es decir, el año *yeocun, oué, tarikch* quedaron olvidados. Además de esta omision, hemos notado muchas faltas de ortografía bastante importantes, cuya rectificacion se encontrará al pié del *fac-simile* del original árabe.

(Nota de Mr. Langles.)

<sup>2</sup> Aunque se halla empleada aquí la voz árabe *fadhah*, que propiamente significa dinero, esta palabra designa aquí la pequeña moneda conocida en Egipto con el nombre de *parah* ó *meodyn*, valuada en 8 dine-

será pagado hasta que hayan entrado en Alejandría. Acordado y convenido entre ellos, y esto delante de los testigos que abajo firman. Testigos:

“El seid (el señor) Musthafá-el-Baba; el seid Hho-cein-Chetma.—El reis (patron) Hhanna Dimitry (Juan Demetrio), de Trípoli de Siria, afirma la verdad del contenido de este escrito.”

“El reis (patron) Hhanna ha cobrado sobre el importe del flete que queda enunciado, la suma de ciento ochenta *ghrouch* del leon; el resto, esto es, los otros trescientos *ghrouch*, le serán pagados en Alejandría; y como sirven de seguridad por el sobredicho bastimento desde Jaffa hasta Alejandría, quedan por esta sola razon en el bolsillo del signor Francesko. Se ha convenido además en que el patron le suministrará por su justo precio el agua y fuego para guisar, la sal y todas las provisiones que puedan faltarle, como asimismo los víveres.”

El 16 de Octubre me despedí de mis venerables huéspedes, no sin sentir en mi corazon un verdadero pesar. Uno de los padres me dió cartas de recomendacion para España, porque mi plan era despues de haber visitado á Cartago, terminar mis correrías en las ruinas de la Alhambra. De modo que aquellos religiosos que quedaban espuestos á toda clase de ultrajes, todavía trataban de serme útiles en su propia patria, mas allá de los mares.

ros 4/7 en el Anuario de la república francesa, publicado en el Cairo en el año IX. Segun la misma obra, pág. 60, la piastra turca, el *ghrouch* de cuarenta parah, vale 1 libra, 8 sueldes, 6 dineros, 6/7.

(Nota de Mr. Langles.)



Antes de dejar á Jaffa, escribí la carta siguiente á Mr. Pillavoine, cónsul de Francia en San Juan de Acre:

“Jaffa, 16 de Octubre de 1806.

“Muy señor mio: Tengo el honor de remitir á usted la carta de recomendacion que el señor embajador de Francia en Constantinopla me habia remitido para vd. Estando ya la estacion muy avanzada, y llamándome mis negocios á nuestra comun patria, me veo precisado á partir para Alejandría. Siento mucho haber perdido esta ocasion de conocer á usted. He visitado á Jerusalem, y he sido testigo de las vejaciones que el bajá de Damasco hace sufrir á los religiosos de Tierra Santa, y les he aconsejado como usted que se resistan; pero desgraciadamente han conocido sobrado tarde el interés que toma por su suerte el emperador. En consecuencia, todavía han cedido en parte á las peticiones de Abdallah: esperemos que tendrán mas firmeza en el año próximo; bien que aun en este me parece que no les ha faltado prudencia ni valor.

“Van tambien otras dos cartas adjuntas á la del señor embajador: la una me la remitió Mr. Dubois, comerciante; la otra es del dragoman de Mr. Vial, cónsul de Francia en Modon.

“Todavía me tomaré la libertad de recomendar á usted á Mr. D. . . . , á quien he vi sto aquí. Me han dicho que era hombre de bien, pobre y desgraciado, y estos son tres grandes títulos para la proteccion de la Francia.

“Ruego á usted admita, etc.

“F. A. DE CH.”

Juan y Julian llevaron nuestros equipajes abordo, y me embarqué el dia 16 á las ocho de la noche. Habia mucho mar, y el viento era poco favorable. Permanecí sobre cubierta mientras distinguí las luces de Jaffa, y confieso que experimentaba cierto sentimiento de placer cuando pensaba que acababa de cumplir una peregrinacion por tanto tiempo meditada. Esperaba acabar pronto aquella santa empresa, cuya parte mas peligrosa me parecia ya terminada; y cuando consideraba que habia atravesado casi solo el continente y los mares de la Grecia; que me hallaba tambien solo en un barquichuelo en medio del Mediterráneo, después de haber visto el Jordan, el mar Muerto y Jerusalem, miraba mi regreso por el Egipto, Berbería y España, como la cosa mas fácil del mundo. Pero me equivocaba.

Luego que perdimos de vista los fuegos de Jaffa, saludé per última vez las costas de Tierra Santa, y me retiré á la cámara del capitan; mas al amanecer del dia siguiente todavía descubrimos la costa en frente de Gaza, porque el capitan habia hecho rumbo hácia el Mediodía. La aurora nos trajo una brisa fresca de Oriente, con mar bonancible, y pusimos la proa al Oeste, siguiendo absolutamente el mismo camino que Ubaldo y el Danés recorrieron cuando fueron á socorrer á Reinaldo. Mi buque no era mayor que el de aquellos dos caballeros, y tambien á mí me conducia como á ellos la fortuna. Mi navegacion de Jaffa á Alejandría duró tan solamente cuatro dias, y jamás he hecho por agua un camino mas agradable y acelerado. El cielo estaba constantemente despejado, el viento apacible, y el mar brillante y sosegado. Ni una sola vez tuvo que variarse la disposicion de la vela. Cinco hombres solos, contando el capitan, componian la tripulacion; gente menos



jovial que mis griegos de la isla de Tino, pero á mi parecer mas hábiles. Víveres frescos, excelentes granadas, vino de Chipre y café de la mejor calidad, nos tenían en la abundancia y la alegría. El exceso de mi prosperidad hubiera debido darme cuidado; pero si yo hubiera poseído el anillo de Policrates, me hubiera guardado muy bien de arrojarle al mar, temeroso de que se lo tragase el maldito esturion.

Hay en la vida del marinero un no sé qué de novelesco, que nos agrada y nos atrae. Este tránsito continuo de la calma á la tempestad, ese cambio rápido de tierras y de cielos, tienen siempre despierta la imaginacion del navegante. Este es por sus destinos una imágen del hombre que mora en este mundo; porque proponiéndose siempre quedarse en el puerto, siempre larga las velas, y se lanza á merced de las olas, buscando islas encantadas á donde no llega jamás y en las que se fastidia si por ventura llega á tocar en ellas; hablando siempre de descanso, y amando solo las borrascas, pereciendo en un naufragio, ó muriendo viejo piloto en una costa, desconocido de los jóvenes navegantes, á quienes siente no poder seguir.

El 17 y 18 cruzamos el golfo de Damietta, ciudad que en corta diferencia ha reemplazado á la antigua Pelusio. Cuando un país ofrece grandes y numerosos recuerdos, la memoria, como para desembarazarse de las muchas escenas que la abruma, se fija en un solo acontecimiento; y así me sucedió al pasar por el golfo de Pelusio: empecé por remontarme con el pensamiento hasta los primeros Farones, y concluí por no poder pensar mas que en la muerte de Pompeyo: este es á mi parecer el mas bello trozo de Plutarco.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase la nota D al fin del tomo.

El 19 á mediodía, despues de haber estado dos dias sin ver la tierra, descubrimos un promontorio bastante elevado, llamado el cabo Brulós, que forma la punta mas septentrional del Delta. Al hablar del Granico, he observado ya la prodigiosa ilusion que causan los nombres. El cabo Brulós solo ofrecia á mi vista un monton de arena; mas era un extremo de ese cuarto continente, único que aun no conocia; era una punta de aquel Egipto, cuna de las ciencias, de las religiones y de las leyes; y de ahí es que yo no podia apartarle de mi vista.

Aquella misma noche distinguimos algunas palmeras que se mostraban en el Sud-Oeste, y parecia saliesen del mar, porque no se veia la tierra de donde nacian. Al Sud se notaba una masa parda y confusa, acompañada de algunos árboles aislados: eran las ruinas de un lugar, triste signo de los destinos del Egipto.

El 20 á las cinco de la mañana distinguí sobre la verdosa y rizada superficie del mar una barra de espuma, y á la otra parte de ésta una agua pálida y tranquila. A este tiempo se llegó el capitán, y dándome un golpecito en el hombro, me dijo en lengua franca: ¡Nilo! poco despues entramos y corrimos por aquellas famosas aguas, de las que yo quise beber, y las encontré saladas. Algunas palmeras y un minareto nos anunciaron el sitio donde estaba Rose-ta; mas el plano de la tierra permanecia invisible. Aquellas playas se parecian á las lagunas de las Floridas, el aspecto era de todo punto diferente del de las costas de la Grecia y de la Siria, y recordaba los horizontes que se ven bajo los trópicos.

A las diez, en fin, descubrimos por bajo las cimas de las palmeras una línea de arena que se prolongaba al Oeste hasta el promontorio de Abukir, por delante del cual era



indispensable pasar para llegar á Alejandría. Entonces nos encontramos en frente de la embocadura del Nilo, en Roseta, é íbamos á atravesar el Bogaz. El agua del rio tenia en este paraje un color rojo violado, semejante al del brezo en otoño: el Nilo, cuya creciente habia ya terminado, estaba de bajada hacia algunos dias. En el Bogaz se veian fondeados hasta unos veinte buques menores de Alejandría, que aguardaban un viento favorable para pasar la barra y subir á Roseta.

Navegando hácia el Oeste, llegamos hasta el extremo de derrame de aquella inmensa esclusa. La línea de las aguas del rio y la que formaban las del mar no se confundian, sino que permanecian distintas y separadas: en su encuentro levantaban espuma, y parecia que se servian mutuamente de riberas.<sup>1</sup>

A las cinco de la tarde, la costa, que llevábamos siempre á nuestra izquierda, cambió de aspecto. Las palmeras parecia que estuviesen alineadas sobre la ribera, como esas alamedas que decoran los castillos de Francia: la naturaleza se complace en recordar de este modo la civilizacion en el país en donde ésta tuvo origen, y en el que reinan hoy la ignorancia y la barbarie. Despues de haber doblado el cabo de Abukir, calmó poco á poco el viento, y ya no pudimos entrar hasta la noche en el puerto de Alejandría. Serian las once cuando anclamos en el puerto mercante, en medio de los buques que estaban fondeados en frente de la ciudad. Yo no quise saltar en tierra, y pasé la noche sobre cubierta.

Entregado enteramente á mis reflexiones, descubria á mi derecha algunos buques y el castillo que ha reemplaza-

<sup>1</sup> Véase, para la descripción del Egipto, todo el libro undécimo de los *Mártires*.

do á la torre del Faro; á la izquierda me parecia que el horizonte estaba limitado por unas colinas, algunas ruinas y obeliscos que distinguí apenas al través de las sombras; á mi frente se estendia una línea negra de mnrallas y una confusa reunion de cosas; solo se veia en tierra una luz, y no se oia el menor rumor. Y sin embargo, allí estaba aquella célebre Alejandría, rival de Memfis y de Tebas, que contaba tres millones de habitantes, que era el santuario de las musas, y entre cuyas tinieblas resonaban en otro tiempo las bulliciosas orgías de Antonio y de Cleopatra. Mas en vano aplicaba yo el oido: un talisman fatal tenia sepultado en el silencio al pueblo de la nueva Alejandría; y este talisman era el despotismo, que apaga toda suerte de alegrías, y ni siquiera permite un gemido al dolor. ¿Ni qué ruido tampoco podria levantarse en una ciudad cuyo tercio por lo menos está abandonado, el otro se halla consagrado á los sepulcros, y el que únicamente conserva vida en medio de aquellos extremos muertos, es una especie de tronco palpitante, que ni siquiera tiene fuerza para agitar sus cadenas entre ruinas y sepulcros?

El 20 á las ocho de la mañana bajé á tierra, y me hice conducir á casa de Mr. Drovetti, cónsul de Francia en Alejandría. Hasta ahora he hablado de nuestros cónsules en Levante con el reconocimiento que debo; aquí debo hacer mas, porque debo decir que contraje con Mr. Drovetti unas relaciones que han venido á ser una verdadera amistad. Dicho caballero, militar distinguido, natural de la hermosa Italia, me recibió con aquella franqueza propia de un soldado, y aquel afecto vivo que proviene del influjo de un sol activo. No sé si en el desierto en que habita llegará á sus manos este escrito; mucho lo deseo, para que sepa que el tiempo no ha amortiguado mis sentimientos, y que no he



olvidado la ternura que me manifestó al decirme adios en la ribera: ternura muy noble cuando se enjuga el llanto que produce, con una mano mutilada en servicio de la patria. No tengo crédito, ni protectores, ni fortuna; pero si los tuviese, por nadie los emplearía con tanto gusto como por Mr. Drovetti.

No creo que se aguardará aquí una descripción del Egipto: he hablado con alguna extensión de las ruinas de Atenas, porque verdaderamente solo las conocen bien los aficionados á las artes: me he extendido á grandes pormenores sobre Jerusalem, porque este era el objeto principal de mi viaje. Mas ¿qué podría yo decir del Egipto? ¿Quién en el día no ha visto aquel país? El viaje de Mr. Volney á Egipto es una verdadera obra maestra en todo lo que no es erudición: ésta la agotaron Sicard, Norden, Pococke, Shaw, Niebuhr y algunos otros; los dibujos de Mr. Denon y los grandes cuadros del Instituto de Egipto, han puesto á nuestra vista los monumentos de Tebas y de Memfis; y en fin, yo mismo he dicho en esta obra todo lo que tenia que decir sobre el Egipto. El libro de los *Mártires* en donde he hablado de aquel antiguo país, es mas completo por lo relativo á la antigüedad, que los otros de la misma obra. Me limitaré, pues, á seguir sin detenerme las simples notas de mi diario.

Mr. Drovetti me alojó en la casa del consulado, que está situada casi á la orilla del mar, sobre el puerto mercante. Hallándome en Egipto, no podia dejarle sin haber visto al menos el Nilo y las Pirámides. Rogué, pues, á Mr. Drovetti que me fletase un buque austriaco para Túnez, mientras yo me iba á contemplar el prodigio de un sepulcro. Encontré en Alejandría dos franceses muy distinguidos, agregados á la legacion de Mr. de Lesseps, que entonces

creo debia encargarse del consulado general de Egipto, y que si no me engaño ha permanecido despues en Liorna. Dichos franceses se proponian tambien dirigirse al Cairo, y al efecto tomamos un buque y nos embarcamos el 23 para Roseta. Mr. Drovetti se quedó con Julian, que tenia calentura, y me dió un genizaro: yo envié á Juan á Constantinopla en un buque griego que se preparaba á dar la vela.

Partimos, pues, por la tarde de Alejandría, y aquella noche llegamos al Bogaz de Roseta. Pasamos la barra sin accidente, y al amanecer nos encontramos á la entrada del rio, y atracamos al cabo por nuestra derecha. El Nilo se mostraba en onces con toda su belleza: corria llenando de parte á parte el cauce sin cubrir las márgenes, y de trecho en trecho dejaba ver á lo largo de su curso unas llanuras en que verdeaba el arroz, plantadas de palmeras aisladas, que representaban pórticos y columnatas. Nos reembarcamos y llegamos muy pronto á Roseta, en donde ví por primera vez aquel magnífico Delta, donde solo falta un gobierno libre y un pueblo feliz; pero no hay ningun país hermoso si no es independiente, porque el cielo mas puro y sereno es odioso para el que se halla encadenado sobre la tierra. Los recuerdos de la gloria de mi patria era lo único que yo encontraba digno de aquellas magníficas llanuras: veia los restos de los monumentos<sup>1</sup> de una civilización nueva que el génio de la Francia habia llevado á las orillas del Nilo; y pensaba al mismo tiempo que las lanzas de nuestros caballeros y las bayonetas de nuestros soldados, habian reflejado dos veces á la luz de aquel sol tan brillante, con la diferencia de que los caballeros desgraciados en

<sup>1</sup> Todavía se veian en Egipto muchas fábricas establecidas por los franceses.